

Crónica Literaria

Por ALONE

RELEYENDO A ENCINA (III)

La tan repetida afirmación de que "Chile es un país inmensamente rico" lleva dentro de sí una intención bien clara para que sea necesario señalar sus consecuencias evidentes: Si entre tantas riquezas se encuentran tantos pobres, ¿qué significa? Es señalar con el dedo al culpable.

Pues bien, lo curioso es que esta imagen ilusoria de nuestra opulencia natural no viene de ayer ni de anteayer. Es anterior, incluso, a Pedro de Valdivia cuya carta de piedra pueden leer los santiaguinos a los pies del Santa Lucía. Dice Encina, pág. 76, l. V: "Cuando referimos que los compañeros de Almagro creían caminar hacia un país cuajado de oro, plata y piedras preciosas o que Sarmiento de Gamboa esperaba encontrar al sur del Estrecho de Magallanes un gran continente rico en especiería, clavo de olor, canela, pimienta, etc..."

Los testimonios parecidos sobran. La realidad no podía nada contra ese espejismo. Por último, cuando la evidencia se imponía y las exploraciones se habían agotado, alzabanse, mágicas, invencibles, deslumbradoras y resplandecientes, las casas, las calles, las plazas y las torres de "La Ciudad de los Césares", todas oro y metales preciosos. Encina se ve obligado a dedicarle muchas páginas a esa villa inexistente, regida por un fantástico monarca al que el de España dirigió una misiva oficial con todos los ritos del caso y no sin esperanza de convertirlo a la verdadera fe. Porque con tanto tiempo como habían estado lejos de los misioneros, tal vez sin celebrar el culto, araso sus creencias se habrían desvanecido o, por lo menos, debilitado mucho. Por lo demás, como se sabe, la literatura nacional ha tomado por su cuenta el tema y, fuera de la obra de Hugo Silva, que sobresale entre las demás, pasan de media docena las Ciudades de los Césares que floran cordillera adentro.

Es que el mito le calza a Chile.

Los tesoros del Inca peruano les abrieron el apetito a los conquistadores y la imaginación hizo el resto.

Una razón política se le añadió.

"Se sabía que la mayor parte de estos socorros —dice Encina, aludiendo al real situado y a la constante sangría de soldadas que los araucanos le costaban al Rey— los devoraba la guerra de Arauco"; y se sabía también que los pobladores, aún después de liberados del servicio militar y de las cargas pecuniarias anexas a esta guerra, llevaban una existencia pobre, sencilla, casi espartana, hasta muy entrado el siglo XVIII; y que el lujo de relumbrón que en la segunda mitad de este siglo ostentaron algunas decenas de familias pudientes, salvo excepciones que se costaban con los dedos de las manos, no era el reflejo de una fortuna real, sino del derroche que consumía las entradas junto con el corto caudal penosamente amasado por el trabajo y la economía del antecesor".

O sea que Chile no soportaría tributos: porque materialmente le era imposible pagarlos; pero no se le podía abandonar, porque el Perú y todo el dominio español peligrarían entonces.

"Chile —agrega Encina con enérgica frase— fue el por-diosero de la América. No un por-diosero de ocasión, reducido a la miseria transitoria por la guerra de Arauco, los terremotos y los piratas, sino un pobre de solemnidad, condenado a vivir una existencia muy menquina, casi indigente".

Para salir de ella, sólo tres cualidades bastarían: primera, trabajar; segunda, trabajar; tercera, trabajar... Pero ¿qué trabajo real, tesocero y constante podía esperarse de una raza formada por aborígenes que aborrecían o ignoraban la disciplina del trabajo y entregaban lo mejor de sí mismo en la pelea y los primeros soldados de Europa que venían a pelear por el vecicino de oro y en cuyo estatuto social estaba que para ser hidalgo caballero era preciso probar que ni ellos ni sus progenitores se habían manchado las manos trabajando con ellas? Náquese la cuenta y se tendrá por milagro histórico el que esos hombres en

ese medio hayan logrado, al fin y al cabo, construir algo semejante a una civilización trabajadora.

Porque, digase lo que se diga, lo lograron.

Y a fines de la Colonia, pese a todo, y a los jesuitas de la "guerra defensiva" y al funesto padre Luis de Valdivia, especie de P. Vekeman procomunista, enemigos personales del trabajo personal de los indios, que impulsaron "la guerra defensiva", es decir el "no trabajo", algo y más de algo se consiguió establecer entre el mar y la cordillera, tanto que las últimas líneas de Encina sobre ese período respiran una especie de optimismo, no sin su poesía.

Léase la página 302 del tomo quinto:

"Un vaho que emanaba del alma de la ciudad la envolvía en una atmósfera de quietud, casi de somnolencia, y de vida placida, patriarcal, reflejo fiel de los cerebros y de los corazones, de la armonía y buena convivencia de los diversos elementos sociales, del equilibrio entre los recursos y las necesidades, sencillos, casi primitivos, y de la ausencia de cambios y renovaciones trascendentales y de zozobras o inquietudes angustiosas. La paxidez y la facilidad de la vida era la nota que más impresionaba a los europeos que visitaron a Santiago entre 1790 y 1808".

Un pequeño detalle para concluir: comer no costaba nada; la carne no tenía valor monetario y grandes hacendados había que colocaban en los corredores del exterior de sus casas cargas de charqui y sacos de harina a la disposición del que quisiera llevar la porción que quisiera... no en virtud de planificación alguna ni de cálculos, sino por costumbre, como algo que la abundancia hacía natural.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile